

CAPÍTULO XIII

JESUITAS ESPAÑOLES EN LAS MISIONES PORTUGUESAS

SUMARIO: 1. El P. Cosme de Torres, superior de la misión del Japón.—2. Recibe nuevos operarios en 1552 y trabaja algunos años en Amanguchi y Funay.—3. Estado floreciente de la cristiandad en Bungo.—4. En 1559 envía al P. Gaspar Villela á predicar el Evangelio en Meaco.—5. Extensión de aquellas cristiandades y trabajos de los misioneros.—6. Llegan nuevos operarios en 1563 y 64.—7. Muerte del P. Cosme de Torres en 1570.—8. El P. Andrés de Oviedo es enviado á Etiopía.—9. Después de muchos trabajos entra en aquel reino en 1557.—10. Peligros y pobreza que padeció durante varios años.—11. Propónenle pasar al Japón, pero él prefiere quedarse en Etiopía.—12. Su santa muerte.—13. Trabajos del P. Anchieta en el Brasil.—14. El P. Cristóbal Rodríguez es enviado á Egipto para reducir á los coftos.—15. Vuelve de su expedición, después de padecer mucho, sin haber conseguido nada.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Monumenta Xaveriana*.—2. *Cartas que los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús que andan en los reinos del Japón escribieron desde el año 1549 hasta el de 1571*.—3. *Goana, Malabarica. Epistolae, 1561-1579*.—4. *Regestum Borgiae*.—5. *Epistolae P. Christ. Rodriguez*.—6. Archivo secreto del Vaticano. *Regest. Rom. Pont. Pii IV.*

1. Como hasta 1566 las únicas misiones que tenía la Compañía eran en los territorios sometidos más ó menos á la Corona de Portugal, todos los jesuitas que en aquel tiempo deseaban ir á misiones consagraban su celo á las ya establecidas en el Oriente y en el Brasil. Entre estos fervorosos operarios encontramos varios españoles, cuyas virtudes religiosas y eminentes servicios exigen de nosotros un recuerdo, aunque sea ligero. Empecemos por el Japón, misión portuguesa fundada por los tres españoles, San Francisco Javier, Cosme de Torres y Juan Fernández.

En Noviembre de 1551 salió del Japón San Francisco Javier (1), y desde entonces, hasta 1570, fué superior y alma de aquella célebre

(1) *Monumenta Xaveriana*, p. 666.

misión, el P. Cosme de Torres. Los cinco primeros años residió ordinariamente en Amanguchi, discurriendo de vez en cuando por sus contornos para predicar el Evangelio. Mucho tuvo que sufrir de parte de los bonzos, quienes primero quisieron confundirle con preguntas y sutilezas, y después trataron de matarle por diversas vías. Eran muy impertinentes en proponer dificultades, y el mismo P. Torres, en sus cartas, nos ha conservado las objeciones que le hacían sobre diversos puntos, tales como la esencia de Dios, la existencia de los demonios, la naturaleza del alma, la providencia divina, la necesidad de nuestra religión y otros varios. Como vieron que el Padre soltaba sus dudas y les urgía con buenos argumentos, renunciaron á la discusión y recurrieron á las injurias y afrentas. En grave peligro de la vida se vió algunas veces el P. Torres en medio de las revueltas civiles, que entonces eran tan frecuentes en aquellos países.

2. El 14 de Agosto de 1552 desembarcó en el Japón otro Padre de la Compañía, Baltasar Gago, á quien acompañaban dos Hermanos coadjutores, Pedro de Alcaceva y Duarte ó Eduardo de Silva (1). No nos podemos imaginar la alegría que recibió el P. Cosme de Torres con la presencia del otro Padre. Acostumbrados como estamos ahora á tan fáciles comunicaciones y á tanta oportunidad para recibir los sacramentos, ni idea tenemos del sacrificio que se imponían aquellos antiguos misioneros, viviendo solos, sin tener otro Padre con quien confesarse y en quien derramar las penas interiores de sus almas. El P. Gaspar Villela hubo de estar en Meaco seis años, de 1559 á 1565, sin confesarse, por no haber un sacerdote con quien hacerlo, y tres años sin decir misa, por faltarle cáliz y ornamentos sagrados, pues se los robaron en el camino, cuando iba á empezar aquella misión. Humanamente hablando, aquellos hombres no tenían más consuelo que las cartas de Europa, las cuales llegaban lo más pronto una vez al año.

Reunidos, pues, los PP. Torres y Gago y los Hermanos coadjutores en Amanguchi, determinaron que el P. Gago y el H. Juan Fernández residiesen en Bungo, para fomentar aquella cristiandad plantada por San Francisco Javier, y el P. Torres, con el H. Silva y otros dos jóvenes japoneses admitidos en la Compañía, perseverasen en Amanguchi. Al H. Alcaceva se le mandó volver á la India para traer nuevos operarios. Prosiguió, pues, el P. Torres santificando

(1) *Cartas del Japón*, f. 53. Citamos la edición hecha en Alcalá el año 1575.

aquella ciudad (1). Los bautismos iban creciendo de día en día; entre los convertidos se contó el gobernador de la ciudad con dos hijos suyos, y ya en el año 1552 reunía el P. Torres más de dos mil neófitos. Con las noticias que el H. Alcaceva llevó á la India determinó el P. Provincial, Melchor Núñez, pasar al Japón para ver el fruto que se hacía en aquella tierra y animar á los misioneros que allí trabajaban. Partió, pues, de Goa por el mes de Mayo de 1554, é hizo el viaje con tantos contratiempos, que llegó al Japón á los dos años y dos meses, esto es, por Julio de 1556 (2).

Grandísimo fué el gozo con que los Padres del Japón recibieron á su Provincial, y no fué menor el júbilo de éste cuando, después de un viaje tan azaroso, pudo abrazar á tan beneméritos misioneros. Escuchemos al mismo P. Melchor Núñez, quien, escribiendo á los Padres y Hermanos de Portugal, nos cuenta esta entrevista, añadiendo edificantes noticias sobre el P. Cosme Torres. Dice así: «No les podría contar, carísimos Hermanos, el alegría que mi alma sintió cuando nos vinieron á buscar á la nao, viéndolos [á los Padres del Japón] vivos y como resucitados de la muerte á la vida..... No se podía hartar de llorar el buen viejo Cosme de Torres viendo y hablándonos, el cual, cierto, es varón perfecto en toda virtud y mortificación de sí mismo. En ocho años que había estado en Amanguchi, donde el P. Mtro. Francisco le dejó, no había comido ningún género de carne, ni pan ni pescado fresco. Solamente se sustentaba con arroz guisado al modo del Japón, que es tal, que no se puede comer sin mucha hambre y necesidad, y pescado salado ó yerbas. Y estaba ya tan hecho á este mantenimiento, que entiende que si comiera carne le hiciera mal» (3).

Con estas penalidades cultivaba el P. Cosme de Torres la cristianidad de Amanguchi. Poco antes de llegar el P. Provincial se había visto obligado á trasladarse á Bungo, porque una revolución de

(1) Para conocer los trabajos del P. Torres en estos años, pueden leerse las cartas del P. Baltasar Gago y de los HH. Alcaceva y Silva en la obra citada, desde el f. 54 al 76.

(2) Véase ob. cit., f. 60 vto., y f. 76 vto. Los percances de este viaje pueden verse en las cartas del mismo P. Melchor Núñez, comprendidas entre esos dos folios.

(3) *Ibid.*, f. 76 vto. Téngase presente que esta carta se escribió en 1558, y por eso los ocho años que se dice haber estado en Amanguchi el P. Torres, deben contarse desde que entró por primera vez en esta ciudad en compañía de San Francisco Javier, el año 1550.

aquellas que tan fácilmente se encendían entonces entre los japoneses, había abrasado la ciudad de Amanguchi, cuyos cristianos, al ver aproximarse el peligro, obligaron al Padre á retirarse y ponerse en salvo. Reuniéronse, pues, en Funay, ciudad principal del reino de Bungo, el P. Torres, el P. Baltasar Gago, el P. Provincial de la India y el P. Gaspar Villela, que con él había ido al Japón. Consultaron todos cuatro sobre los medios que se podrían tomar para el aumento de aquella cristiandad. Quiso visitarla toda el P. Melchor Núñez, pero, empezando su tarea, le sobrevino una grave enfermedad que le obligó á volverse á Bungo. Allí, después de pasar tres meses con calenturas, reconociendo que le era contrario el clima del país, determinó volverse á la India, y así lo ejecutó á los pocos meses de estar en el Japón (1). Dejó por superior de todos al P. Torres, y admitió en la Compañía al joven comerciante portugués Luis de Almeida, que, conservándose siempre en el estado de Hermano coadjutor, fué uno de los grandes misioneros que tuvo la Compañía en aquellas regiones.

3. Prosiguieron, pues, los trabajos de la misión con nuevos bríos, y durante algunos años residió el P. Torres principalmente en Funay, puerto de Bungo, con los otros dos Padres y los Hermanos coadjutores. De allí salían á hacer sus excursiones á otras ciudades, en las cuales se formaron cristiandades numerosas, sobre todo en Facata y Firando. Para muestra del fervor que el P. Cosme de Torres supo inspirar á los cristianos de Bungo, pondremos la descripción que el P. Luis de Guzmán hace de las principales fiestas de estos cristianos, tomándola de las cartas del mismo P. Torres y del H. Juan Fernández.

«Crecía en Bungo el número y la devoción de los cristianos. Bautizábanse muchos de nuevo, y en los ya convertidos se echaba de ver gran deseo de su aprovechamiento. Todos los días, aunque lloviese ó nevase, estaba la iglesia por la mañana llena de gente para oír misa y sermón, y los días de fiesta era tanto el concurso de los cristianos que acudían de los lugares comarcanos, que apenas cabían en ella. Tenían por costumbre los niños decir cada día, en acabando la misa, la mayor parte de la doctrina, cantando uno y respondiendo los demás. Tornaban después de mediodía á la iglesia, y acababan de decir lo que habían dejado por la mañana; iban luego de dos en dos á besar la mano al Padre, y desde allí, en procesión, á una cruz

(1) *Ibid.*, f. 78 vto.

muy devota que estaba delante del hospital, y hecha su adoración se volvían á sus casas.

»Antes de la noche se juntaban otra vez delante de la misma cruz, y puestos de rodillas, decían segunda vez la doctrina cantada, y con estos ejercicios ordinarios se les quedaba tan impresa en el corazón y la memoria, que no había niño que no la supiese muy bien dentro de ocho meses en lengua del Japón y en latín, sin otras muchas oraciones y devociones particulares que aprendían. Cuando estos niños decían la doctrina delante del Padre, á la mañana ó á la tarde, tenía cuidado él mismo de irles declarando, conforme á su capacidad, algunos puntos de lo que habían de hacer para ser buenos cristianos, como era encomendarles la devoción á Nuestra Señora y á los santos, examinar la conciencia antes de acostarse, hacer oración por la mañana en levantándose, y otras cosas semejantes.

»No era menor la devoción de los grandes que la de los niños, porque comúnmente tenían todos por costumbre disciplinarse los viernes en su casa ó en la iglesia, y muchos lo hacían cada día, y comúnmente todos los japones son muy inclinados á hacer penitencia, y muestran particular afecto á la sagrada comunión; y cuando les dan licencia para recibir el Santísimo Sacramento, es cosa maravillosa ver su devoción, porque, en comenzando á decir la confesión, parece que quieren reventar de lágrimas, y particularmente cuando llegan á decir aquellas palabras *Domine non sum dignus*, que, quien los viese, más los juzgaría por religiosos de muchos años, que por cristianos de tan poco tiempo.

»Tenían otra costumbre, también muy loable, que era juntarse los domingos por la tarde en casa de un cristiano por su orden, un día en casa de uno, y otro día en casa de otro, hasta que daban vuelta por todos, y ejercitábanse allí tres obras de misericordia. La primera, que resumían los puntos del sermón que aquel día habían oído y lo que cada uno sacó para su aprovechamiento. Para esto solía acudir un Hermano de cada casa, que les iba declarando más en particular lo que no entendieron bien, y de esta manera se les quedaba la doctrina del sermón más impresa en el corazón. La segunda que allí hacían, era dar cada uno cierta limosna, que será como dos maravedís, para socorrer á las necesidades de los cristianos pobres y enfermos, y para esto tenían señalados sus mayordomos, á cuyo cargo estaba saber estas necesidades y repartir las limosnas, dando primero cuenta de lo que habían de hacer. La tercera cosa es que, el huésped en cuya casa se juntaban aquel día, daba

una colación para mostrar la caridad y unión que ha de haber entre todos, y teníanles puesta tasa de lo que habían de dar, porque si se dejara á su voluntad, como son tan honrados, gastaran más de lo que tenían» (1).

Con estos fervores ordinarios se debe juntar la solemnidad que el P. Torres procuraba dar á las principales fiestas del año. «En la noche del Santo Nacimiento, dice el mismo P. Guzmán, se les decía una misa con sermón, en el cual se declaraba aquel soberano misterio y el fin que Dios tuvo en hacerse hombre, y los frutos que de ello nos vinieron. Y para que la fiesta fuese más alegre, acostumbraban los cristianos hacer algunas representaciones á propósito del mismo misterio que se celebraba, ayudándose para esto de lo que habían oído en los sermones y de lo que en particular les habían enseñado los Padres. Hacíanlo con tanta propiedad y con tan buenos aderezos de vestidos, y lo que más era de estimar, con tanta devoción, que hacían derramar muchas lágrimas á los oyentes.

»En tiempo de cuaresma se repartían los sermones por este orden. Los miércoles se predicaba del sacramento de la Penitencia, enseñándoles cómo se habían de aparejar para la confesión. Otro día se les predicaba del Santísimo Sacramento y el modo cómo se habían de disponer para recibirle dignamente. Los viernes se les iban declarando los misterios de la Pasión, para que los pudiesen meditar con fruto y provecho. Tenían todos estos cristianos por costumbre disciplinarse tres días cada semana todo el tiempo de la cuaresma, ó en la iglesia, ó en sus casas los que no podían salir de ellas cómodamente. Antes de la disciplina que tomaban en la iglesia, se les hacía de ordinario una breve plática, declarándoles el fin que habían de tener y el fruto que habían de sacar de aquel santo ejercicio y de semejantes penitencias. Llegada la semana santa, componían su monumento con los mejores aderezos que los cristianos tenían en sus casas, aunque la iglesia toda se colgaba de negro, y conforme al número que había de Padres y Hermanos (ayudándose también de los mozos japones que estaban en casa), hacían el oficio de las tinieblas y del jueves y viernes y sábado santo lo mejor que podían. Para ayudar más á la devoción de los cristianos, vestían algunos niños de los que se criaban en casa ó de los que andaban en la

(1) *Hist. de las misiones de la Compañía de Jesús en las Indias orientales y en los reinos de la China y Japón*, l. v, c. 31. Obra impresa en 1601, y reimpressa en Bilbao en 1891.

escuela, con túnicas y diademas, de los cuales cada uno llevaba en las manos una insignia de la Pasión.

»Estos niños iban el jueves santo en procesión, llevando su cruz delante, hasta el monumento, donde, habiendo adorado al Santísimo Sacramento, hacía cada uno su coloquio, declarando el misterio de la Pasión que le cabía, con tanta ternura y lágrimas, que ponían mucha devoción á toda la gente. Acabados los coloquios, continuaban su procesión hasta una cruz que estaba delante del hospital. Por la tarde salía otra procesión de hombres desde la misma iglesia á la cruz, acompañada de todos los cristianos, que no era de menor devoción que la primera. Hallóse en estos oficios de la semana santa de la iglesia de Bungo un cristiano de Firando, y escribiendo á los cristianos de su tierra lo que había pasado, dice así: «Mucho me holgara, hermanos míos, que estuvieran acá el día que N. S. Jesucristo padeció por nuestro amor, porque casi me parece imposible ser mal cristiano quien aquí se halló presente. En todo aquel día y noche no hubo cosa que no moviese á llorar, y disciplinábanse todos de manera, que dejaban el camino por donde iban lleno de sangre.»

»Acabados los oficios de la semana santa, celebraban con la misma solemnidad (trociándola en alegría) la Pascua de Resurrección, porque hacían otra procesión el domingo por la mañana con el Santísimo Sacramento, en la cual se hallaban todos los cristianos con los mejores vestidos que tenían y con guirnaldas de flores en las cabezas, y velas encendidas en sus manos» (1).

No es de extrañar que, á la vista de este fervor, escribiese un portugués honrado al P. Francisco Pérez estas palabras: «No hay quien pueda decir, si no lo ha visto, que una región gentil, la más remota de lo descubierto, se haya convertido á nuestra santa fe y haya tan puros cristianos y de tanta penitencia. Se disciplinan con tanto fervor y lágrimas, que bastan á mover las piedras al mismo llanto. Sus oraciones y ayunos, cierto que así lo hacen como en un monasterio. Hallé aquí, por mi cuenta, que yo no era cristiano en comparación de éstos, porque sus bocas no se abrían sino para decir prosas y canciones en alabanza de Nuestro Señor, de Nuestra Señora, del Nacimiento, etc. No están tan mal acostumbrados á jurar como nosotros. No me alargó más en esto, porque no podría acabar de ala-

(1) *Hist. de las misiones de la Compañía de Jesús en las Indias orientales y en los reinos de la China y Japón*, l. VI, c. 6.

barlos. Solamente tengo para mí, que habita el Espíritu Santo en aquellas islas, y que el ángel de su guarda les ayuda mucho, porque de otra manera no se podría imaginar tanta virtud» (1).

4. Tales eran las ocupaciones del P. Cosme de Torres en el reino de Bungo. En 1559 envió al P. Gaspar Villela á Meaco para fundar allí una cristiandad y ver si fructificaba aquel país, santificado por los trabajos de San Francisco Javier. Consiguió lo que deseaba el P. Gaspar, y aunque hubo de sufrir penalidades sin cuento, logró establecer la cristiandad de Meaco, que siempre fué una de las más florecientes del Japón. Afligiase el P. Torres al ver los pocos operarios que eran para una misión tan vasta y fecunda. Queriendo, pues, remediar esta falta, resolvió mandar á la India al P. Baltasar Gago para informar á nuestros superiores sobre el estado de aquella misión y pedir refuerzo de misioneros. Partió el P. Gago en 1560, y en los tres años que pasaron desde su partida hasta el 2 de Julio de 1563, quedaron en el Japón solos dos Padres, Torres en Bungo, y Villela en Meaco, separados entre sí por una distancia de más de ciento cincuenta leguas, y procurando asistir á varios centros de cristiandad que cada uno tenía en torno suyo. Ayudábanles poderosamente algunos Hermanos coadjutores, que predicaban sermones, administraban el sacramento del Bautismo, disponían las solemnidades, visitaban las iglesias; en una palabra, desempeñaban todos los oficios que no exigían carácter sacerdotal. Los dos principales de estos Hermanos eran Juan Fernández y Luis de Almeida, sujetos inapreciables, no sólo por sus virtudes religiosas, sino también por su prudencia y trato de gentes. También prestaban buenos servicios los HH. Arias Sánchez y Duarte de Silva. Finalmente, fueron admitidos para coadjutores algunos jóvenes del Japón, entre los cuales se distinguieron los HH. Lorenzo y Damián.

5. He aquí el número de cristiandades que en este tiempo sostenía el P. Torres en el Japón. Lo tomamos de una carta suya escrita en Bungo á 8 de Octubre de 1561. «Somos seis los que de la Compañía estamos en esta tierra, y manifestamos nuestra santa ley en ocho lugares ó provincias. De éstas, la primera es ésta de Bungo, donde el Rey nuestro amigo reside. Hay en ella muchos y muy buenos cristianos, y de nuevo se hacen continuamente. La segunda provin-

(1) *Cartas del Japón*, f. 179. No se pone en esta edición el nombre del autor de esta carta. Sólo se dice, en el encabezamiento, ser de un portugués, *hombre honrado*, y, cierto, en el modo de escribir muestra bien serlo. Escribióse la carta en 1564.

cia es Cutami, que es como un condado del señor de Bungo, y estará de él nueve leguas; aquí habrá más de doscientos cristianos. La tercera provincia es la isla de Firando, en la cual, por la bondad del Señor, tenemos siete ú ocho lugares de cristianos. Esta isla está á la parte occidental del Japón, y estará de Bungo cuarenta y cinco ó cincuenta leguas. Habrá en ella dos mil cristianos..... El cuarto lugar es Facata, ciudad muy rica de mercaderes, que está de Firando por la tierra adentro hasta veinte ó veinticinco leguas. Tenemos ya allí una iglesia, y un cristiano se ofreció á hacer otra. El quinto es Can-goxima, la primera tierra donde entró el P. Francisco. Es un reino grande, en el cual somos ya conocidos, y hay cristianos, los cuales me escriben que los envíe á visitar por alguno de la Compañía. El sexto lugar es Amanguchi, que estará desde Bungo cincuenta leguas. No se ha podido acudir á los cristianos de esta tierra estos años por las guerras. Ahora en esta paz nos escribieron que perseveraban en la fe que habían recibido, y que vayamos allá, porque hay mucha disposición para la conversión de los gentiles. El séptimo lugar es Meaco: está á una punta de esta isla hacia el Oriente, y dista de aquí de Bungo ciento cincuenta leguas. Por las cartas del P. Villela verá V. R. lo que el Señor allá obra..... El octavo y último lugar es la ciudad de Sacay, que está de Meaco hacia acá pocas leguas. De ella me enviaron cartas con un presente, pidiendo por amor de Dios les enviase quien les declarase la ley de Dios. Y porque yo estaba solo sin sacerdote que aquí quedase ó fuese allá, escribí á Meaco al P. Gaspar Villela, que se quedase allá para acudir á tan buena necesidad, hasta que V. R. nos enviase compañeros» (1).

Bien se ve el inmenso campo que se presentaba al celo de los misioneros y las fatigas sin cuento que habían de experimentar para sostener aquellas cristiandades tan distantes entre sí. Lejos, empero, de estrecharse su celo, se iba dilatando más, y en este trienio de 1560 á 1563, fundó el P. Torres las dos hermosas cristiandades de los reinos de Omura y Arima. El triunfo mayor que tal vez obtuvo nuestro misionero en toda su carrera apostólica, fué la conversión del Rey de Omura, que se llamó D. Bartolomé, quien, instruído por el H. Juan Fernández, recibió el bautismo en 1563.

6. El 2 de Julio de este año desembarcaron en el Japón nuevos operarios, que fueron los PP. Luis Froes y Juan Bautista Montano, con el H. Jácome González. «Fué tan grande la alegría, dice Guzmán,

(1) *Cartas del Japón*, f. 99.

del P. Torres cuando los vió, que le corrían las lágrimas al santo viejo por sus ojos, diciendo que ya no quería vivir más, pues le había Nuestro Señor hecho tanta merced de enviarle compañeros en tiempo de tanta necesidad» (1). Estos Padres le trajeron al P. Torres otra noticia muy alegre, y fué que el P. Laínez le había concedido la profesión solemne. Hizola con mucho fervor el día de la Asunción de 1563 (2). Con el nuevo refuerzo pudo atender el P. Torres á las más urgentes necesidades de aquella vasta región. Los nuevos Padres aprendieron pronto la lengua del país, y pudieron consolar á los cristianos oyendo sus confesiones.

El 14 de Agosto de 1564 llegaron tres misioneros más, que fueron los PP. Melchor Figueredo, Baltasar de Acosta y Juan Cabral. Con éstos eran ya en el Japón quince de la Compañía: siete sacerdotes y ocho Hermanos coadjutores. Cuatro de estos últimos eran japoneses admitidos en la Compañía, y se llamaban Lorenzo, Damián, Agustín y Melchor. En los años siguientes continuó prósperamente la misión japonesa, y aunque sobrevinieron bravas persecuciones, sobre todo en las partes de Meaco, nunca fueron duraderas, y, por lo regular, después de algunos meses de angustia y apuro, solía serenarse el cielo, y la cristiandad florecía con nuevos aumentos. El año 1568 recibió el P. Torres otros tres misioneros, los PP. Baltasar López y Alejandro, con el H. Miguel Vasco. En cambio, hubo de mandar á la India al P. Juan Cabral porque empezó á echar sangre por la boca y parecía inútil para los trabajos de aquella misión. En 1567 expiró el primero de la Compañía que murió en el Japón, y fué el fiel compañero de San Francisco Javier y del P. Torres, el santo Hermano coadjutor Juan Fernández.

Sentíase ya anciano el superior de la misión, y aunque procuraba multiplicarse para acudir á tantos trabajos, sus fuerzas quebrantadas no se lo consentían. Había querido visitar la cristiandad de Meaco, pero nunca lo pudo conseguir, pues una vez que estaba ya á punto de partirse, se torció un pie y se vió imposibilitado para andar durante algún tiempo.

El año 1570, cuando estaba disponiendo para el bautismo á la madre, mujer é hijos del rey D. Bartolomé, le anunciaron cómo era llegado á la isla de Jequi el P. Francisco Cabral, que venía nombrado vice-provincial del Japón. Pasó aviso á todos los misioneros mandándo-

(1) *Hist. de las misiones*, etc., l. VI, c. 19.

(2) Sacchini, *Hist. S. J.*, P. II, l. VII, núm. 152.